EL MUNDO PINTORESCO

PERIÓDICO SEMANAL.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, BIOGRAFIAS, MUSICA, TEATROS, MODAS Y TOROS.

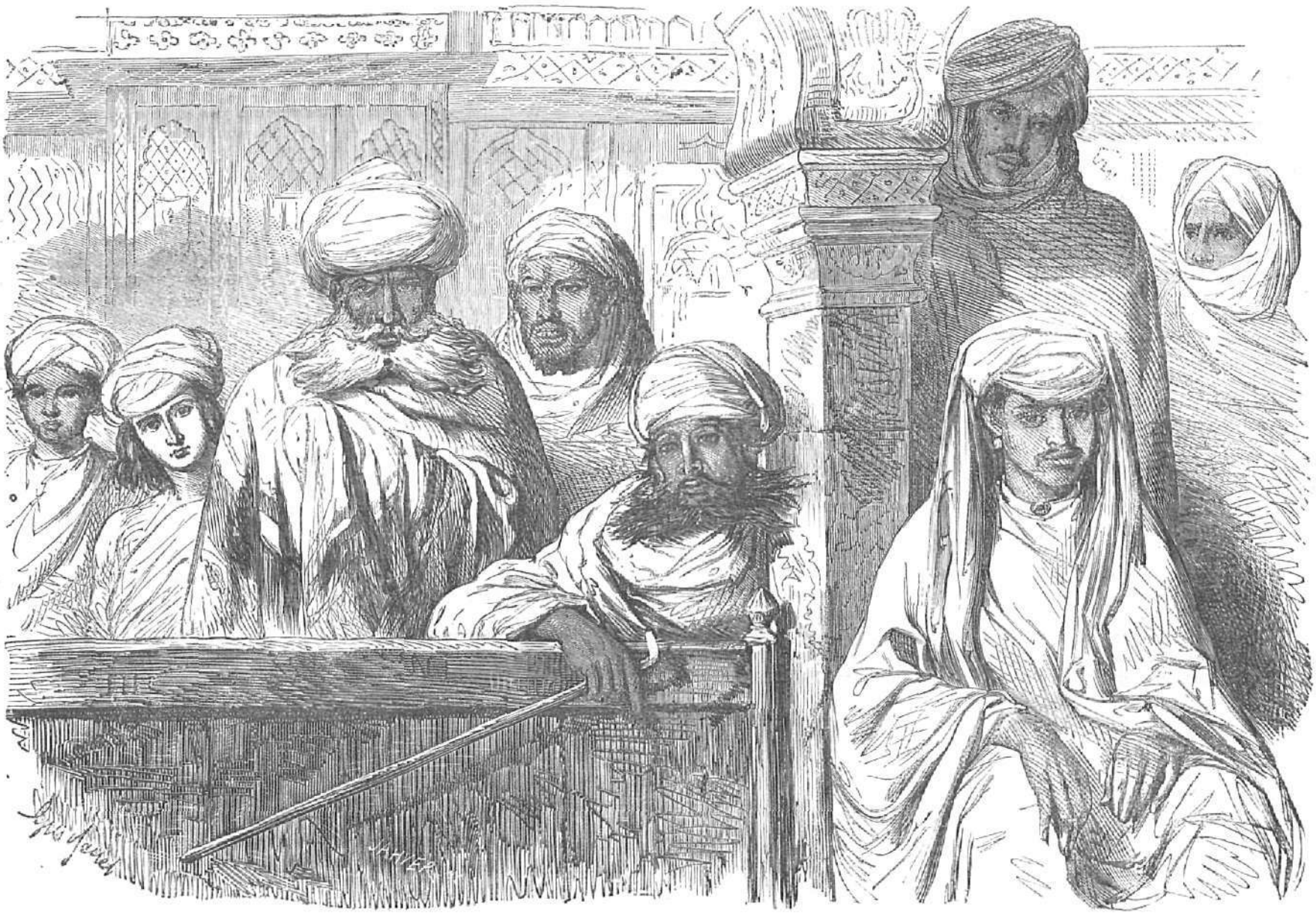
PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid.....	Un mes.	8 rs.
	Tres meses.	20
En Provincias.	Un mes (franco de porte).	10
	Tres meses.	24

N.° 5.

9 Mayo 1858.

Este periódico sale todos los domingos.
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martinez, calle del Desengaño, núm. 10.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.
Un número suelto, 3 rs. vn.



Tipos indios.—Badjepoudes (Casta de guerreros).

LOS PIRATAS CALLEJEROS.

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

PRÓLOGO.

Hay en las grandes poblaciones una clase de gente desocupada, que consagra esclusivamente ciertas horas del dia y de la noche á piratear.

Esta piratería consiste en ponerse de apostadero en este ó el otro lugar público, y esperan el paso de esa multitud de mugeres que transitan solas, elegantes y ricas en las apariencias las unas, pobres las otras, mugeres casadas ó aventureras muchas y costureras y muchachas de taller las mas.

Refiriéndonos á Madrid, los mejores apostaderos están en la Puerta del Sol, en cualquiera de sus confluencias, y los mil y un cruceros del centro á los estremos.

Hay tres clases de piratas callejeros.

—Los que se dedican á los amores sólidos y baratos.

Estos persiguen á las cocineras, y demás subgénero de la clase criaderil.

Las plazuelas de mercado y sus avenidas son el apostadero de esta clase de *enamorados*, que nunca se olvidan de llevar algun dinero en el bolsillo para el caso probable de un convite seductor de buñuelos y aguardiente.

La hora de constituirse en el crucero, es generalmente desde las primeras horas de la mañana, cuando se trata de *criadas de planta baja*, y *de las ocho á las nueve* cuando se remontan las pretensiones á las cocineras vizcainas.

—Los que buscan el amor desinteresado de una oficiala de taller pueden optar entre tres horas distintas: desde las siete á las ocho de la mañana, en que van las acechadas al trabajo: de la una á las tres que van á comer; desde el oscurecer hasta las ocho en que se vuelven á sus casas.

—Los que aspiran á amores aristocráticos, aunque no sea mas que por lo que visten y por lo que cuestan, tienen por plazo, desde las once del dia, hora en que se empieza á ir á tiendas, hasta las cuatro ó las cinco de la tarde en que se sale de las visitas de cumplido.

—Inútil es decir que hay multitud de piratas callejeros que hacen á todos los géneros: para los cuales es indiferente el traje, la condicion y la fortuna, con tal de que la pieza á que dan caza llene las exigencias de su gusto, ya sea gallega, asturiana, vizcaina, manola, modista, aventurera, dama de *alto coturno*, ó *pájaro ambiguo*.

Estos, y son la mayor parte, están siempre dispuestos á un avance; y son los que saben recibir y aun esplotar un desaire, con mas aplomo y sangre fria.

—Hay en fin, una clase esclusivista que se circunscribe á *esas interesantes beldades que jamás salen sin llevar de la mano*, como salvaguardia, un inocente retoño tan engalanado y emperifollado como ellas.

Los aficionados á este género, tienen el recurso del Prado desde las siete de la tarde á las diez de la noche en el verano, y desde las once de la mañana á las cuatro de la tarde en el Prado, la Fuente Castellana ó el Retiro, en los dias de invierno que hace buen tiempo.

Esta clase de cazadores suele tambien asestar sus tiros en los mismos lugares y á las mismas horas, á esas niñas rozagantes, esmaltadas y perfumadas á las que acompaña una horrible mamá, pobremente vestida.

© Biblioteca Nacional de España

Estamos seguros de que muchas, muchísimas de nuestras lectoras, conocerán la verdad de nuestro dicho, porque habrán sido sin duda acometidas infinitísimas veces, si salen solas, y no pocas aunque vayan acompañadas y escoltadas y conboyadas por los papás, las tias, las primas y las hermanas.

Porque al verdadero pirata callejero, le basta una mirada, una frase, una sonrisa soltada al paso, para saber, segun es recibida cualquiera de estas insinuaciones, si debe insistir en la conquista ó abandonarla.

Despues de este preámbulo, empecemos dando á conocer á una de las clasificaciones del género en cuestion.

I.

EL PIRATA DE LAS MUCHACHAS DE TALLER.

Supongamos á uno de estos piratas en su apostadero, en una esquina de la calle del Cármen, por ejemplo, debajo de un reverbero que ilumine perfectamente el rostro de las transeuntes.

Pasa una muchacha de taller, y nuestro corsario ya práctico, la reconoce de una sola ojeada y hasta calcula, si en aquellas formas redondas, en aquel trage que se ensancha y se destaca, hay abuso de ropa ó materia positiva. Si nuestro hombre se decide, se pone al momento en demanda, cosa que es reparada al punto por la perseguida, que al pasar no ha dejado de arrojar una mirada al pirata y le ha presentido y adivinado.

Si este ha llenado como suele decirse sus medidas, ó si ha adivinado que es una conveniencia, ó un marido probable, la oficiala, modera ese levantado paso de marcha con que sale del taller y aun suele detenerse un momento delante de un aparador iluminado, para mirar un aderezo ó un figurin mecánico. Esta conducta es ya una autorizacion, una concesion, para nuestro práctico pirata, que la aborda inmediatamente y entabla una conversacion cualquiera con la seguridad de quien entra en terreno conquistado.

—Decididamente, suele decir presentándola el brazo: es necesario que yo la acompañe á V.: en estos tiempos una jóven tan linda va espuesta á mil impertinencias, á mil atrevimientos: y yo no puedo ni debo permitir...

—Gracias, caballero, contesta indefectiblemente la abordada, bajando modestamente la cabeza; V. es muy amable y temeria abusar...

Sigue una recíproca andanada de cumplimientos, despues de los cuales la hermosa se cuelga del brazo del amante improvisado, la conversacion se anima, y al doblar la primera esquina nadie creeria al verlos sino que eran antiquísimos conocidos: generalmente, estas parejas entran en el primer café que se encuentran al paso, y con mucha frecuencia ella toma café con tostada (estas chicas tienen sus razones para preferir á un refresco algo mas sólido) las miradas audaces de una parte y tímidas y ruborosas, aunque solo en apariencia de la otra, se cruzan con la rapidez de un fuego graneado... suele acontecer que despues de la salida del café pasan por una parada de carruajes de plaza: suele acontecer tambien que el pirata se detenga junto á uno de ellos: ella resiste, hay un ligero altercado; pero al fin el corsario rojo se dirije triunfante á la portezuela; la oficiala hace un supremo esfuerzo y entra; el aprehensor, habla algunas palabras con el animal bípedo del pescante, que, despues de haber desaparecido el pirata en el interior del carruaje, tose, restalla la fusta y pone en movimiento al animal cuadrúpedo, que arranca cojeando: la máquina rueda sobre el empedrado, se aleja, desaparece.

—¿Adónde conduce su carga?

Fácil es de adivinar; el pirata callejero es, en general, muy galante y procura, siempre que puede, llevar en coche á su casa á esas muchachas que por razon de su pobreza viven muy lejos del centro, donde están los cuartos baratos.

Si siempre con todas aconteciese lo mismo á parte del dinero que cuestan estas aventuras (seis reales de café y diez de coche, mas dos reales de indemnizacion al cochero) seria cosa de dedicarse una vez al menos á la semana al oficio de pirata: pero el oficio tiene tambien sus quiebras y sus amarguras, y á veces funestísimos resultados.

Supongamos de nuevo á nuestro corsario en espera: han pasado una, dos, tres, ciento; la una flaca, la otra tuerta, chata aquella, narigúda esotra, género, en fin, de deshecho; nuestro hombre empieza á impacientarse porque va pasando la hora y el raudal de costureras va disminuyendo: nuestro pirata piensa en abandonar aquellas aguas para probar en otras un crucero de esploracion, cuando hé aquí que se descuelga llenando la acera lo que se llama en términos técnicos *una moza:* nuestro hombre se pone en guardia y procura distinguir á lo largo si hay algo de ambiguo en el porte de la desconocida: pero nada: es una buena muchacha, muy airosa, eso sí, bien cortada, y sobre todo muy modesta en su andar, en su manera, sin que por esto aquel andar y aquella manera dejen de tener la arrogancia, la seductora arrogancia, la posesion de sí misma de una buena moza: aun no la ha visto el rostro nuestro argelino y ya este terrible impresionado; ya sus ojos no ven como en las circunstancias normales; su vista ha adquirido algo de aumento como dicen que sucede á los caballos: llega, en fin, la sílfide, la ondina, la sirena, y la sangre del pirata se reconcentra violentamente á su corazon que late con la fuerza y la precipitacion de un martillo puesto en movimiento por un herrero formidable: ojos, cabellos, boca, el fragmento de cuello que se ve por entre la abertura de la mantilla, llevada con una gracia verdaderamente española, la anchura de los hombros, la altura del pecho, la redondez de las caderas... aquella muger es un veneno en forma de muger, una de esas mugeres que por bando de buen gobierno, debia mandarse que no saliesen de su casa sino metidas en una caja para evitar desdichas y situaciones dramáticas; una tentacion viviente; un demonio con faldas, ó mejor dicho un ángel con toda la fuerza de un demonio para inspirar pasiones desesperadas.

De modo, que nuestro pirata, fascinado, aturdido, puesto bruscamente en una situacion enteramente opuesta á aquella en que se habia colocado, de audaz se convierte en cobarde, de cazador en cazado, de verdugo en víctima; aquel terrible vestido que se mueve al andar de una manera tan enloquecedora, es un carro de triunfo tras el que corre atado, el hasta entonces burlador pirata: sigue, y la hermosa que por serlo no ha dejado de ser perspicaz, nota que es seguida y apresura el paso. En otra situacion vuestro cazador hubiera desistido, porque su práctica le hubiera dicho que una muger que anda de prisa para evitar un avance, está muy mal dispuesta al avance: pero nuestro hombre lo ha olvidado todo; ha abdicado de todo; de su orgullo, de su independencia, de sus gloriosos antecedentes consignados en una larga hoja de servicios: apresura tambien cuanto puede su marcha; la perseguida cambia de acera, el perseguidor cambia tambien: al fin la pobre perseguida se fatiga de aquella marcha forzada y entra en una tienda con el objeto de descansar y de evitar: y hé aquí un hortera víctima del temor de la niña, que le hace revolver media tienda y ofrece precios imposibles, porque su objeto no es comprar: entre tanto el tenaz pirata continúa clavado junto á la vidriera; pasa un cuarto de hora, media; el mostrador está cubierto de piezas y hace mucho tiempo que el hortera ha dejado de ser amable, porque conoce que no solo se usa de él sino que se abusa: llega en fin un momento en que dice con una calma verdaderamente mercantil:

—Está visto, no tenemos en la casa medios para complacer á V., señora.

La jóven bloqueada, que sabe que en cuanto ponga el pie en la calle recibe á quemaropa una declaracion que no quiere recibir, dá todavía una vuelta á los géneros estendidos, regatea aun, y no pudiendo ya humanamente prolongar su permanencia en aquel puerto protector, sale para engolfarse de nuevo en las calles.

Toda esta maniobra ha irritado al pirata y le ha decidido: están empeñados su corazon y su amor propio, y avanza, llega, se iguala y se declara temblando como un novicio, pronunciando su declaracion á paso de carga, haciéndose impertinente, no cediendo.

Estas aventuras concluyen de muchas maneras, pero de un modo fatal para nuestro hombre: á veces sucede que su práctica le sugiere recursos desesperados y logra hacerse escuchar por un esfuerzo de ingénio, por una belleza de sentimiento, por un apóstrofe de desesperacion: pero ha perdido sus ventajas; es siempre un pretendiente que suplica, y generalmente este género de doncellas, son virtudes cerriles que solo ceden ante el matrimonio: otras veces la hermosa para despegarse aquel cuerpo estraño que se la ha adherido con la fuerza que se adhiere un cangrejo á un pedazo de carne, suele apelar al auxilio de la autoridad callejera: es decir, á la mediacion de un agente de policía: otras pone á nuestro hombre en ridículo, despidiéndole de una manera acre, en voz alta y con cajas destempladas: sucede otras que cuando menos piensa el corsario, se presenta la verdadera causa de aquella héroica resistencia: esto es, un pollo con espolones de gallo, bonito, jovencito, elegante, almivarado, el dueño, en fin, de aquel corazon soberbio; el pollo pretende recobrar su prenda; el gallo irritado comete alguna imprudencia; sobreviene algun sopapo, algun bastonazo, y á veces un desafío.

Percances del oficio.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Se continuará.*)

ESTUDIOS HISTORICOS.

(*Continuacion.*)

IX.

¿Ha sido el cristianismo poco favorable al desarrollo de las artes y hostil á la belleza estética, como suponen algunos escritores?

Escuchemos las solemnes palabras de Armengaud.

El arte cristiano nació en las catacumbas.

Inspirados los primeros artistas del cristianismo por la fé mas viva y ardiente que habia existido, por los mas santos pensamientos, trazaron en las murallas de los subterráneos, sobre las tumbas de sus padres, figuras sencillas que mostraban los mas íntimos pliegues de su corazon. Y si la sociedad de entonces no tuvo en sus primeros pasos á su servicio mas que formas imperfectas, fué porque solo recogió la triste herencia del mundo romano en el momento en que el paganismo estaba en su decadencia.

Pero, á pesar de esto, bajo estas formas prestadas aun del arte antiguo, con tipos ya creados, espresó nuevas emociones y nuevos sentimientos, desconocidos hasta entonces, á la humanidad.

En la sombra de las criptas inmensas que servian de asilo á su culto, los cristianos de la primitiva iglesia solo pudieron desenvolver de una manera muy lenta é imperfecta el principio del arte, y preciso es confesarlo, la austeridad natural á las religiones nacientes era, bastante idónea para apartarla de este camino, y el esceso del espiritualismo podia ser un obstáculo á la perfeccion de los medios materiales de la pintura y de la estatuaria. De modo que, por sublimes que nos parezcan las imágenes de las catacumbas, puede decirse que el arte cristiano no empezó hasta el reinado de Constantino, que le dió todo el imperio por teatro.

En este segundo período, se elevaron en Roma, Byzancio, y en las principales ciudades de Europa y Asia, vastas basílicas, cuyo modelo mas bello, es el de Santa-María-Mayor, que hizo construir San Siverio y que embelleció considerablemente San Bonifacio.

Un descubrimiento que los artistas romanos habian efectuado en tiempo del emperador Claudio, y que parecia inventado para eternizar la pintura, se estendió universalmente por todo el mundo cristiano.

Este fué el mosáico.

Lo mismo que en las épocas de persecucion, el arte habia ocultado sus intentos bajo el velo de la alegoría, del mismo modo se ocupó de rehacer imágenes de dicha y de triunfo, cuando la religion pudo al fin lanzar el grito de victoria.

Por su parte, los cristianos del Norte, Francia y Alemania particularmente, queriendo hacer inmortales, hasta en su misma frescura, las obras perecederas del pincel, inventaron la fabricacion de los tapices y colgaduras para la decoracion de las iglesias, y encontraron el secreto de un arte que por sí solo bastaria para la gloria del cristianismo.

La pintura sobre cristal.

Desde el siglo V, los iconoclastas se habian presentado y cosa admirable, la iglesia peleó sola contra esta heregía, combatiendo el vandalismo de sus adeptos. De modo que mientras los emperadores de Oriente destruian las imágenes, la Italia producía con mayor celo y fecundidad.

El arte griego tal como los byzantinos le habian corrompido, y el arte gótico, tan profundo, tan poético bajo sus formas ascéticas y puntiagudas, llenaron la edad media italiana hasta el siglo XIII.

Entonces apuntó la aurora de esta época brillante que se ha convenido en llamar del *Renacimiento.*

Entonces cierta elegancia, lejano recuerdo de la antigüedad, remplazó el estilo seco y casi rudo de los pintores antiguos.

Pero la belleza pagana no se empleó mas que para revestir los mas puros sentimientos del cristianismo.

Mantúvose el espíritu religioso durante todo el período que separa el siglo XIII del siglo XVI, y tres grandes artistas representan el arte con una uncion verdaderamente evangélica y una gracia penetrante: Giotto, Fiesole y el Perugino.

¡Cuántas maravillas no nacieron en este intérvalo de tres siglos bajo la influencia del catolicismo!

VICENTE CUENCA DE LUCHERINI.

(*Se continuará.*)

© Biblioteca Nacional de España

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

Y

D. FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

(*Continuacion.*)

—Y mas bajo, leed.

«Recomiendo muy particularmente á quien tenga obligacion á Sir John Tanley como un filántropo y un amigo de la libertad.

Firmado: *Barras.*»

—¿Habeis leido?

—Si, he leido; y bien....

—¡Oh! y bien. Mi padre, milord Tanley, ha hecho servicios á Mr. Barras; esta es la razon porque Mr. Barras consiente que me pasee por Francia, y estoy muy contento de pasearme en ella; me divierto mucho.

—Sí, lo recuerdo, sir John, nos habeis hecho el honor de decírnoslo en la mesa.

—Si, lo he dicho, es verdad; he dicho tambien que amaba mucho á los franceses.

Roland se inclinó.

—Y sobre todo al general Bonaparte, continuó sir John.

—¿Quereis mucho al general Bonaparte?

—Lo admiro; es un grande hombre.

—¡Oh! ¡á fé mia! sir John, me alegro de oir á un inglés hablar asi de él.

—¡Oh! si estuviera aquí, no lo diria por ningun motivo.

—¿Por qué?

—No querria creyese que lo adulaba. Lo digo porque es mi opinion.

—No lo dudo, milord, dijo Roland que no sabia adonde iba á parar el inglés, y sabiendo por el pasaporte lo que queria saber.

—Y cuando he visto, continuó el inglés con la misma flema, que tomasteis el partido del general Bonaparte, me agradó.

—¿Ciertamente?

—Me causó mucho placer, dijo el inglés con un movimiento de cabeza afirmativo.

—¡Tanto mejor!

—Pero cuando he visto que arrojasteis un plato á la cabeza de Mr. Alfredo de Barjols, me causó pena.

—¿Eso os ha causado pena, milord? ¿y por qué?

—Porque en Inglaterra un caballero no arroja un plato á la cabeza de otro caballero.

—¡Ah! milord, dijo Roland levantándose y frunciendo el entrecejo, ¿habreis venido por casualidad para darme una leccion?

—¡Oh! no; he venido para deciros:

¿Estais tal vez embarazado por encontrar un testigo?

—Cabalmente, sir John, os lo confieso, y en el momento en que llamasteis á la puerta, me interrogaba para saber á quien le pediria ese servicio.

—Yo, si quereis, dijo el inglés, seré vuestro testigo.

—¡Ah! dijo Roland, con mucho gusto.

—Hé aqui el servicio que queria haceros.

—Roland le tendió la mano.

—Aceptado, dijo.

—El inglés se inclinó.

—Entretanto, continuó Roland, habeis tenido el buen gusto, milord, antes de ofrecerme vuestros servicios, de decirme quien erais; es muy justo, desde el momento en que los acepto, que sepais quien soy.

—¡Oh! como querais.

—Me llamo Luis de Montrevel; soy ayudante de campo del general Bonaparte.

—¡Ayudante de campo del general Bonaparte! me alegro mucho.

—Esto os esplica por qué he tomado con demasiado calor, quizás, la defensa de mí general.

—No, no con demasiado calor, únicamente el plato...

—Sí, comprendo, la provocacion podia pasarse sin el plato; pero qué quereis, lo tenia á mano, no sabia que hacer de él y lo arrojé á la cabeza de Barjols; partió solo involuntariamente.

—No le direis eso á él.

—¡Oh! estad tranquilo; os lo digo á vos para tranquilizar vuestra conciencia.

—Muy bien; ¿os batireis?

—Me he quedado para eso al menos.

—¿Y, á qué os batireis?

—Eso no me toca á mí, milord.

—¡Cómo! ¿no os toca?

—No; Mr. de Barjols es el insultado, á él es á quien le toca elegir armas.

—Entonces, ¿el arma que él proponga la aceptareis?

—Yo no, sir John, pero vos en mi nombre, puesto que me haceis el honor de ser mi testigo.

—Y si escoge la pistola, ¿á qué distancia y cómo deseareis batiros?

—Ese es negocio vuestro y no mio, milord.

No se si asi se hace en Inglaterra, pero en Francia los combatientes no se mezclan en nada; á los testigos toca arreglar las cosas; lo que ellos hacen siempre está bien hecho.

—¿Entonces, lo que haga, estará bien hecho?

—Perfectamente hecho, milord.

El inglés se inclinó.

—¿La hora y el dia del combate?

—¡Oh! lo mas pronto posible; hace dos años que no veo á mi familia, y os confieso que estoy impaciente por abrazarla.

El inglés miró á Roland con cierta admiracion; hablaba con tanta seguridad que se hubiese dicho que tenia de antemano la certeza de no ser muerto.

En este momento llamaron á la puerta, y el posadero preguntó:

—¿Se puede entrar?

El jóven respondió afirmativamente; la puerta se abrió y el posadero entró con una targeta en la mano que presentó á su huésped.

El jóven la tomó y leyó:

«Cárlos de Valensolle.»

—De parte de Mr. Alfredo Barjols, dijo el posadero.

—¡Muy bien! dijo Roland.

Despues, pasando la carta al inglés:

—Tomad, esto os toca á vos; es inútil que yo vea á ese señor puesto que en este pais donde estamos ya no hay ciudadano. Mr. de Valensolle es el testigo de Mr. de Barjols, vos sois el mio, arreglad la cosa entre vosotros; solamente, añadió el jóven apretando la mano del inglés y mirándolo fijamente, procurad que esto sea serio; no rehusaré lo que hagais si hay muerte para uno ó para otro.

—Quedad tranquilo, dijo el inglés, obraré como por mí.

—Enhorabuena.

—Cuando todo esté resuelto, id, y volved á subir; no me muevo de aquí.

Sir John siguió al posadero; Roland se volvió á sentar, dió vuelta á su sillon en sentido inverso y se volvió á encontrar delante de su mesa. Cogió la pluma y se puso á escribir.

Cuando sir John volvió á entrar, Roland, despues de haber escrito y cerrado dos cartas, ponia el sobre á la tercera.

Hizo seña con la mano al inglés de esperar á que hubiese acabado á fin de poder prestarle toda su atencion.

Acabó el sobre, selló la carta, y se volvió.

—¿Y bien, preguntó, está todo arreglado?

—Sí, dijo el inglés: y ha sido cosa fácil; teneis que luchar con un verdadero caballero.

—Tanto mejor, dijo Roland.

Y esperó.

—Os batís dentro de dos horas en la fuente de Vaucluse, un sitio encantador; á pistola, marchando el uno hácia el otro, y tirando á voluntad, pudiendo continuar marchando despues del fuego de su adversario

—¡Por mi honor! teneis razon, sir John; hé ahí que todo está perfectamente hecho. ¿Sois vos quien lo ha arreglado?

—Yo y el testigo de Mr. de Barjols; pues vuestro adversario ha renunciado sus privilegios de insultado.

—¿Se han ocupado de las armas?

—Yo he ofrecido mis pistolas; han sido aceptadas bajo mi palabra de honor, pues eran tan desconocidas de vos como de Mr. de Barjols; estas son armas escelentes, con las cuales, á veinte pasos, corto una bala en la hoja de un cuchillo.

—¡Cáspita! ¿tirais bien á lo que parece, milord?

—Sí, soy, segun dicen, el mejor tirador de Inglaterra.

—Bueno es saberlo; cuando quiera morir, sir John, os buscaré querella.

—¡Oh! no busqueis jamás querella conmigo, dijo el inglés, me causaria demasiado sentimiento verme obligado á batirme con vos.

—Se tratará, milord, de no disgustaros; ¿dentro de dos horas, decís?

—Sí, me habeis dicho que estabais de prisa.

—Perfectamente. ¿Cuánto hay de aquí al lugar encantador?

—¿De aquí á Vaucluse?

—Sí.

—Cuatro leguas.

—Es negocio de hora y media, no tenemos tiempo que perder; desembaracémonos, pues, de cosas enojosas para no tener mas que el placer...

El inglés miró al jóven con asombro.

Roland no pareció hacer alto en esta mirada.

—Hé aquí tres cartas, dijo, una para madama de Montrevel, mi madre; otra para Madamoiselle de Montrevel, mi hermana; y esta para el ciudadado Bonaparte, mi general. Si soy muerto, las pondreis pura y simplemente en el correo. ¿Es mucho trabajo?

—Si esta desgracia acontece, yo mismo llevaré las cartas, dijo el inglés.

Roland miró á sir John.

—¿En dónde habitan madama vuestra madre y madamoiselle vuestra hermana? preguntó.

—En Bourg, cabeza de partido del departamento de l'Ain.

—Está muy cerca de aquí, contestó el Inglés. En cuanto al general Bonaparte, iré, si es preciso, á Egipto; seria estremadamente dichoso, en ver al general Bonaparte.

—Si os tomais, milord, como lo decís, el trabajo de llevar la carta vos mismo, no teneis que hacer tan larga carrera: dentro de tres dias el general Bonaparte estará en París.

—¡Oh! dijo el inglés sin manifestar el menor asombro; lo creis?

—Estoy seguro de ello, contestó Roland.

—Es, en verdad, un hombre muy estraordinario el general Bonaparte, ¿Pero teneis aun alguna otra recomendacion que hacerme, señor de Montrevel?

—Una sola, milord.

—¡Oh! muchas si quereis.

—No, gracias, una sola, pero muy importante.

—Decid.

—Si soy muerto... pero dudo que tenga esa fortuna.

Sir John miró á Roland con aquella mirada de asombro que habia fijado ya dos ó tres veces en él.

—Si soy muerto, replicó Roland, porque al cabo de cuenta, es preciso preveerlo todo...

—Sí, si sois muerto, entiendo.

—Escuchad bien esto, milord, porque deseo espresamente, en ese caso, que las cosas pasen exactamente como voy á deciros.

—Pasarán como direis, replicó sir John; soy hombre muy exacto.

—Pues bien, si soy muerto, insistió Roland descansando y apoyando la mano sobre la espalda de su testigo como para imprimir mejor en su memoria la recomendacion que iba á hacerle, pondreis mi cuerpo como esté enteramente vestido, sin permitir que nadie lo toque, en un féretro de plomo que hareis soldar delante de vos, encerrareis el féretro de plomo en un atahud de encina, que hareis igualmente clavar delante de vos. Y espedireis el todo á mi madre, á menos que gusteis mejor arrojarlo en el Ródano, lo que absolutamente dejo á vuestra eleccion con tal que sea arrojado allí.

—No me costará mucho trabajo, respondió el inglés; puesto que llevo la carta, llevar el féretro conmigo.

—Vamos; decididamente, milord, dijo Roland riendo con las carcajadas de una estraña risa, sois un hombre encantador, y es la Providencia la que ha permitido que os encuentre. En camino, milord, en camino.

Ambos salieron del cuarto de Roland. El de sir John estaba situado en la misma meseta. Roland esperó que el inglés entrase en su cuarto para tomar sus armas.

Salió despues de algunos segundos, llevando una caja de pistolas en la mano.

—¿Pero milord, preguntó Roland, cómo vamos á Vaucluse, á caballo ó en coche?

—En coche si quereis; un carruage es mucho mas cómodo si se sale herido; el mio espera abajo.

—Creia que habiais hecho desenganchar.

—Habia dado la órden para ello, pero he hecho correr detrás del postillon para darle contraórden.

Bajaron la escalera.

(*Se continuará*)

© Biblioteca Nacional de España

ALFREDO DE MUSSET.

El 4 del presente mes hizo un año que la literatura francesa perdió uno de los nombres mas queridos del público, despues de una penosísima enfermedad.

Como justo tributo á su memoria, vamos á trascribir á continuacion, el artículo que el simpático escritor Merí dedicó á este objeto.

No pasa un dia que la ciudad de los muertos no devore su contingente, y siembre el duelo en algunas familias, pero apenas si concedemos una mirada al cortejo fúnebre que atraviesa nuestras ciudades seguido de algunos amigos, indiferentes delante de esas pérdidas vulgares y anónimas.

Los que no hemos conocido, y no han hecho ningun ruido en el mundo, no arrastran en pos de sí graves pensamientos, ni sentidos recuerdos, diríase que aquel féretro está vacío ó que su morador no ha vivido jamás.

Los invitados á la ceremonia, aquellos que están encargados de los funerales, aparecen mas bien á los ojos del público como los comparsas de un teatro, que como los encargados del luto y del dolor; por la mañana apretaron con emocion la mano de una familia desolada, que abandonaron con dolor, y sin embargo, durante el trayecto de la casa mortuoria á la necrópoli, hablan de todo, menos del difunto que acompañan á su última morada, y cuya muerte hasta parecen ignorar.

Si un hombre ilustre, conocido de todos, se estingue de repente, casi en la flor de su vida, una conmocion eléctrica sacude una capital y detiene la sonrisa en todos los labios.

Al verle caer, al mirar en el suelo á aquel *poderoso*, de que nos habla el libro de los Macabeos, todos tiemblan y se estremecen de su debilidad, y el terror del egoismo reemplaza á la piedad en los corazones. Créese entonces en la muerte, la muerte existe, proclámase soberana del mundo, la niveladora universal, y no encuentra un contradictor. Entonces los que asisten á los funerales se sienten arrastrados á su pesar á la conmiseracion por la causa comun de los hombres, como ha dicho Tácito, un pagano:

Permoto ad miserationem omni qui aderat, ob sortem hominum.

Necesarias son estas severas lecciones al mundo.

Ellas son por decirlo así, la escusa de la Providencia, cuando vemos caer á nuestro rededor en medio de ancianos á un jóven, sagrado por el genio, y tan útil aun entre las numerosas inutilidades.

Despues de la ruina de Troya, decia un sabio:

«¡Ayax, Aquiles, Patroclo, Sarpedon, y todo lo que fué grande ha sido sepultado! ¡Solo Tersites vive aun!

Esta es la lógica de la muerte, los golpes que recibimos de ella no se evitan, se sufren.

¡Alfredo de Musset falleció ayer!

Esta noticia ha penetrado hasta el corazon del mundo parisien.

El poeta era mas jóven aun por su genio que por su edad; para todos era siempre el fantástico poeta de los *Cuentos de España* y de *Rolla*, casi habia hecho un pacto con sus veinte y cinco años; sus ojos guardaban aun la llama pura de la juventud; la nieve no plateaba su hermosa cabellera; ayer todavía escuchábamos de sus labios el canto de las *cosas encantadoras de la vida;* la alegria de los festines, la gracia de las mugeres, los sueños y alegrias de la juventud, las frescas auroras de la primavera del amor.

¡Muerto! ¡Alfredo de Musset! ¡En 1830 tenia veinte años, fecha que escribimos el otro dia al frente de nuestras cartas... 1830.

El tiroteo del Louvre retumbaba aun en nuestros oidos; respirábamos todavía ese perfume de batalla que el 29 de julio repartia sobre nuestras plazas públicas.

1830, es ayer; como la toma de la Bastilla ha sido siempre ayer para nuestros padres.

Las grandes fechas de las revoluciones nos hacen creer que no envejecemos, siempre las tenemos á nuestro lado.

Sí, enorgulleceos de vuestra juventud, jóvenes, teneis porqué.

Si os dormis, al despertar, mañana tal vez, hayais envejecido.

Era ayer, ó antes de ayer.

Estábamos reunidos en la casa de Victor Hugo, en ese salon encantador en que se han dicho tantas cosas perdidas, que hubieran hecho el mas hermoso libro del siglo.

¡Esta era una época sin semejante, y cuya vuelta en vano la potencia del vapor podrá conceder á nuestros nietos.

Allí venian á sentarse familiarmente Alejandro Dumas, ya ilustre y principiando apenas una vida de trabajos, de gloria, de combates, un poema cíclico de Titan; Cárlos Nodier, el Crisóstomo de la literatura francesa; Sainte-Beuve, el mas encantador, y el mejor de los críticos y de los filólogos, despues de haber sido incógnito un admirable poeta; Emilio Deschamps, que goza del talento de las grandes reputaciones, y que se ha resignado con la modestia de las pequeñas; Alfredo de Vigny, que nació para consolar á la Francia de la muerte de Andrés Chenier; y por último, nuestro gran pintor Luis Boulanger, una gloria de la escuela contemporánea.

Victor Hugo acababa de dar á luz *Nuestra Señora de Paris*, y descansando un dia, nos proporcionaba este placer.

Un jóven, ó por mejor decir, un adolescente, rubio y tímido, entró, estrechó la mano del dueño de la casa entre las suyas, y se sentó en un rincon.

Era Alfredo de Musset.

Leíanse muchos versos en estas reuniones; la poesía era la enfermedad de la época y de la cual se hacia un concierto doméstico.

Emilio Deschamps concluia de leer su admirable *Romancero*; y Alfredo de Musset, invitado por Victor Hugo, leyó, á su vez, sus primeros *Cuentos*, obteniendo, en este *cenáculo* ilustre, uno de esos triunfos que deciden una vida, y que revelan á un jóven, en esta escitacion del presente, toda la gloria del porvenir.

Era la consagracion de un señorio real poético de veinte años.

Desde aquel momento, todo fué fácil á este dichoso niño hijo de la gran musa de 1830.

Sin embargo, le estaba reservado el desconocer las agudas y punzantes espinas de acero que embarazan el camino de los poetas, y agostan, desde sus primeros pasos, con una herida en el talon, á aquellos que no han sido templados en las aguas de la estigia, en su nacimiento.

Aunque dotado por la naturaleza de alta inteligencia, y de esa originalidad aventurera que provocan la discusion y la crítica, gozó desde aquel momento, del beneficio de un reconocido talento, sin sufrir las amarguras inseparables á un estreno demasiado brillante.

Desde la cuna, su musa escuchó los mismos elogios que resuenan hoy en su tumba, y este privilegio de las letras, esta dicha escepcional tiene en estos momentos su esplicacion fatal.

No llameis á nadie dichoso antes de su muerte, ha dicho la sabiduría antigua; *nemo ante obitum felix*. Esta dicha del jóven poeta estaba muy próxima á su fin para que lanzase el triunfador el grito discordante del esclavo; la muerte se ha encargado de la crítica. Ha muerto á los cuarenta y cinco años, edad de la madurez en que el génio saborea su gloria serena, y presencia, vivo aun, el juicio de la posteridad.

No es bajo la impresion de esta muerte tan rápida el momento mas oportuno para presentar á nuestros lectores la biografía del ilustre escritor.

Un solo grito de dolor prueba por su misma incoherencia la enormidad de esta pérdida, y la superabundancia de lógica en un epitafio, atestigua demasiado la serenidad en el espíritu del panegirista.

Por otra parte, en este momento, ¿á qué conduciría dar la lista de sus obras á contemporáneos que las saben de memoria? De nosotros debemos hablar, de nosotros, que hemos perdido uno de los mas bellos adornos de este siglo literario, y que nos detenemos hoy con espanto sobre el gran camino de las tumbas, para nombrar los ilustres muertos cuyos despojos mortales hemos acompañado desde hace diez años.

La última tumba hace pensar en la pléyade, porque es la mas dolorosa de todas, porque las otras habian andado el camino de la vida, y se han estinguido bajo la doble corona de laureles y de cabellos blancos.

Una sola de estas estrellas, era una muger, y tenia la misma edad que Alfredo de Musset. Su nombre estaba rodeado por el mismo brillo, por la misma dicha, por el mismo azul en su cuna... y esto es lo que hace mas punzante toda muerte ilustre, su recuerdo, pues añade á los dolores de ayer los sentimientos de hoy. ¿No era ayer cuando acompañábamos á su última morada á Mme. de Girardin? ¿No es ayer cuando Mme de Girardin nos decia: *¡Cuán dichosa soy! He comprado esta mañana las mas bellas flores de mayo; Alfredo de Musset las juzga encantadoras; en este momento se pasea por el jardin, id y hablad un instante con el, pronto iré.* ¡Oh! Irrision de la vida, estas flores de Chaillot han vivido mas que los dos poetas...

Al descender de las alturas de la necrópoli en que habiamos dejado á Mme. Girardin, hemos encontrado el féretro de Alfredo de Musset. ¡A cada instante, es preciso desandar el camino; los que viven mas largo tiempo tienen el triste privilegio de ser los enterradores de todos sus amigos!

Era la tercera aurora del mes de mayo que tanto adoran los poetas.

Las nueve acababan de dar en el reló de las Tullerías, y la calle Monthabor estaba bañada por los rayos del sol, y el mas dulce de sus reflejos iluminaba un carro fúnebre estacionado delante de una puerta revestida de negro.

Una multitud de jóvenes cubrian la calle y esperaban al autor de *Rolla* y del *Capricho*, para acompañarle en su último paseo. Este era bien triste; el sol nos sonreía; ¡este sublime egoista ha visto tantos muertos desde hace seis mil años!

Colocóse el cuerpo en su último lecho.

Descubriéronse todas las cabezas; las lágrimas asomaron en todos los ojos

El cortejo siguió la calle de Monthabor, la de Argel, y se dirigió á la iglesia de San Roque.

Hacíase notar al lado del carro fúnebre M. Empis, cuya emocion era visible, y M. Camilo Doucet, empleado siempre pronto en el cumplimiento de sus deberes.

San Roque habia preparado para el poeta una fiesta espléndida, la fiesta de la muerte, la muerte de que habla San Agustin, la muerte viva, *mors viva*, la que hace creer en la resurreccion.

A ningun espectáculo lírico-profano, es dado hacer oir una música mas sencilla, mas encantadora, mas melodiosa que la del *requiem*. ¿De qué conservatorio de Dios salen esos angélicos *soprani*, que entonan ese admirable adios que dirigen los vivos á los muertos?

El auditorio era digno de esta pompa.

Todo lo que encierra París de mas ilustre estaba allí, en las naves, y mezclaba su adios á la melopea de los himnos santos.

Los grandes poetas presidian la ceremonia: Lamartine, Alejandro Dumas, Teófilo Gautier, Emilio Augier, Ponsard, Alfredo de Vigny. Todos los escritores se agrupaban al rededor de aquellas naves gloriosas.

La Iglesia rogaba por todos rogando por uno solo, voces seráficas entonaban el *kyrie eleison*, y las puras notas de la melopea, ondulaban en los vapores del incienso y los átomos iluminados por el sol.

Esta mezcla de canto gregoriano y de música moderna, tiene alguna cosa de suave que reconcilia con la tumba, y parece hacer la tierra mas ligera sobre la frente de los muertos.

Despues del magnífico y grave recitativo, *Præceptis salutaris moniti*, este canto que ha pasado del proscenio de Aténas á las catacumbas de Roma, el *Sanctus* descendió del cielo, y el *Himno sin fin* fué coronado por un *Hosanna in excelsis*, digno del Rossini de los ángeles. El *Pie Jesu*, el *requiem eternam dona ei Domine*, y el *in paradisum deducant te angeli*, son plegarias de una dulzura y de un efecto incomparables: si la música no hubiera sido inventada mas que para los muertos, era preciso bendecirla como el mas divino, el mas digno de consuelo para los afligidos.

Pronunciado el *ite missa est*, el convoy se puso en camino, para ir de la ciudad de los vivos á la de los muertos: este camino era antes una marcha triunfal. La multitud hoy se descubre respetuosamente, pasa, y olvida. Tenemos demasiados negocios, y la multitud no conoce las mas veces al ilustre viajero que pasa sobre un carro fúnebre.

Al ver abierta su tumba sentimos su pérdida con mayor dolor; entonces pensamos en el maravilloso pasado del poeta siempre jóven; en este cantor dulce que ha quemado tanto incienso en el altar de las gracias mundanas; en este pensador de la duda; en este mofador eterno de la desesperacion; en este epicurista encantador que encontraba el sufrimiento entre los pliegues de las rosas y se lamentaba de su dicha; en este historiador de amarguras de la vida y de las heridas del alma; en este novelista que ha hecho la historia completa del amor; en este poeta que ha dado á los versos las melodías de la lira, y que buscaba tambien el camino que va del oido al corazon.

Lira, pluma, pincel, todo está roto; pero la obra es tan grande que está concluida. ¡Cuántos ancianos no han dado mucho menos!

José M. Cuenca de Lucherini.

LA POLICÍA Y LOS CRÍMENES EN LÓNDRES.

El *policeman* de Lóndres, ese hombre-institucion que se le encuentra de diez en diez pasos paseándose con su sombrero de fieltro, su esclavina de hule, su galon en la manga, su preserva-vida en un bolsillo y su carraca en el

© Biblioteca Nacional de España

A. Perea dib.º y lit.º

S. A. R. el Príncipe de Asturias en brazos de su nodriza.

(*Copia de una fotografía sacada del natural, por D. José Albiñana.*)

© Biblioteca Nacional de España

otro; no es contemporáneo de las nieblas misteriosas del Támesis. Solo cuenta unos cincuenta años de existencia. Era la época bendita de los ladrones en la que dormitaba en su garita el apacible *watchman* (sereno) encargado de gritar á grandes voces con acompañamiento de chuzo sobre el enlosado, la hora y el estado del cielo durante la noche: todavía se encuentran estos funcionarios en algunas ciudades del Mediodía de Francia y en Francfort-sur-le-Mein. Su servicio esclusivo es de noche. En Lóndres se habian aumentado entonces, con agentes que tenian una retribucion de cuarenta libras esterlinas de prima por cada robo ó asesinato que descubrian; y además agentes secretos que iban á la descubierta de merodeo en la ciudad y el término. Se ha valuado en un millon quinientas mil libras esterlinas (142.580,000 rs.) la suma anual de los robos en Lóndres durante aquel tiempo. Esta fué tambien la época de la horrible leyenda de los *Burkeurs*, que siguiendo las lecciones de un cierto Burke, asesinaban para vender los cadáveres á los estudiantes de medicina. Cuando la nueva organizacion de la policía de Lóndres, los antiguos agentes, desdeñando servir á las instituciones nuevas, se pusieron al salario de los particulares.

Desde la administracion de sir Roberto Peel data la policía inglesa tal, ó con corta diferencia, de como existe hoy dia. La iniciativa tomada por sir Roberto Peel, escitó muchos murmullos en esta nacion celosa de las formas antiguas; pero los buenos resultados triunfaron pronto de una susceptibilidad demasiado laudable para ser injusta. Los viejos *watchmen*, los constables de parroquia que databan desde el tiempo de los Sajones, las patrullas á caballo que recorrian el campo, todo cesó para dar lugar á un ejército capaz de hacer servicios mas efectivos: un sistema uniforme y regular reemplazó á los usos establecidos y una reforma de los tribunales de policía completó el conjunto y lo armonizó.

Al presente hay en Lóndres un comisario en gefe, dos sub-comisarios, 18 superintendentes, 133 inspectores, 625 sargentos y 4954 agentes para la ciudad y los alrededores. La policía de la Cité de Lóndres bajo la direccion de la corporacion, fué organizada diez años despues de la de la ciudad. Se compone de un superintendente, 13 inspectores, 12 gefes de estacion, 47 sargentos y 492 constables. Desde esta nueva reforma, obra de acuerdo con la de la ciudad, lo que no sucedia poco antes. La policía de la Cité tiene bajo su vigilancia un rádio de una milla y cuarto en cuadro (2011 metros cuadrados), la de la ciudad y los alrededores un rádio de 15 millas cuadradas partiendo de *Charing-Cross* como centro (ó sean 24,135 metros cuadrados).

Los empleados de la policía de Lóndres, están regidos con una grande y conveniente severidad. Desde 1850 á 1856, 1276 empleados han sido privados de su empleo, y de ellos 58 fueron sometidos á la justicia. Este mecanismo exige máquinas escogidas. En efecto, todo acontecimiento suministra una prueba en apoyo de esta idea: desde que un agente debe dar aviso de un hecho, la noticia se trasmite de seccion en seccion y viene á parar al centro por partes que los agentes vecinos hacen circular. Se trata tambien de organizar este servicio por medio de la telegrafía eléctrica; por este nuevo medio se podrá en muy poco tiempo tener cerca de cinco mil hombres en pié sobre cualquier punto, en el rádio de cinco millas de Charing-Cross; y en algunas horas la fuerza entera puede estar reunida.

Scotland-Yard, es el centro de la policía de Lóndres. Allí es en donde el comisario en gefe recibe todas las mañanas los informes de los incidentes de la noche; allí se registran los hallazgos y las reclamaciones de los objetos perdidos ó robados; allí están siempre abiertas y llenas de empleados ó particulares las numerosas oficinas de la administracion de la policía inglesa, y tambien está agregada la de la policía secreta de los paises estranjeros.

Fuera de este centro, cada barrio tiene su casa-cuartel (*section-house*), para los empleados del barrio. Allí se despojan y reaparecen conversando familiarmente, fumando, bebiendo té ó leyendo. Todos los jueves durante dos horas, está abierta la biblioteca de *section-house* y la de *King-stree* (Westminster), contiene cerca de mil doscientos volúmenes. En las tres comidas sacramentales de los ingleses, la última, que es la principal, se hace en comun por los agentes en estos establecimientos en los que se encuentran tambien dormitorios para los que han hecho el servicio de noche.

La Inglaterra, habiendo sabido elevar el agente de policía á la altura de un principio, la participacion de este principio no es por ningun concepto un negocio insignificante. El hombre de policía, debe saber leer y escribir: algunos saben tambien muchas lenguas: en 1851, un número bastante considerable tenia la palabra *intérprete* bordada en el alza-cuello; el candidato sufre una educacion militar y mecánica y en seguida otra civil y moral; despues el ejercicio, una especie de catecismo sobre la manera de obrar en las diferentes ocasiones posibles, y queda todavía otro aprendizage que hacer, durante el cual el nuevo electo sigue los debates de los tribunales de justicia. Finalmente, se le envia á la seccion que escoge, prevenido de que podrá volver á la vida privada, advirtiéndolo con un mes de anticipacion; se le recomienda no sacar nunca el preservador, sino en el caso de legítima defensa, y de no usar nunca la carraca durante la noche, salvo los casos de urgencia. Instruido en sus obligaciones, recibe la orden.

Cada division de policía, está designada por una de las letras del alfabeto: la division A, es una clase escogida que vela por la residencia real, los teatros y las esposiciones. Cada una de estas divisiones corresponde á un barrio; los hombres que la componen tienen sus hábitos, sus maneras y sus medios calcados fielmente sobre los de la parte de poblacion en la cual se hallan destinados: los agentes de los barrios de la *fashion* (moda), tienen maneras muy distintas de los de Saint-Giles, por ejemplo. El servicio de dia, es desde las seis de la mañana á las diez de la noche: el de la noche, desde las nueve ó las diez hasta las seis de la mañana; durante la noche, hay en pie los dos tercios de la fuerza. El trabajo nocturno es mucho mas minucioso que el diurno: se ocupa de las cerraduras de las puertas y de las ventanas, como bajo la edad media cuando los toques de silencio. Todo esto se comprende viendo la inmensidad de Lóndres y conociendo ciertos detalles de sus costumbres. Así todos los *clubs* tienen aposentos para aquellos de sus miembros que teniendo que hacer temprano en el barrio ó que habiendo prolongado demasiado su tertulia desean no entrar en su domicilio: los sibaritas tienen sus *finishes*, como por ejemplo, el Piccadilly-Saloon adonde van á acabar la noche, y del cual no hablaré: la *hez* de todo género tiene sus *taps*.

FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

(*Se concluirá.*)

REVISTA DE TEATROS.

Ofrecí, en mi revista anterior, ocuparme detenidamente del teatro de Jovellanos, de sus actores, del de la Cruz, y de Mlle. Scriwaneck, actriz de mérito indisputable, á quien le doy la preferencia en el presente número, cumpliendo lo prometido en otra ocasion.

Sin embargo, como trato de tener al corriente, á mis benévolos lectores, de cuanto ocurra en todos los coliseos de la Corte, haré una sucinta reseña de todos ellos.

«Circo.»

De ese cúmulo ó inmensidad de obras, de que abundan sus directores, salió á luz el 24 del mes anterior, El Rey del Mundo, comedia de costumbres del señor don Luis Mariano de Larra, puesta en escena á beneficio del eminente actor, don Julian Romea.

Dos palabras sobre la produccion.

Aunque el argumento en que está basada la obra del señor Larra no es nuevo, diré, en aras de la verdad, que su versificacion es fácil y correcta, y que los tipos de sus principales personajes, el marqués, su esposa, Luisa, Claudio y Ruiz, están trazados con acierto, contribuyendo en mucho al éxito de su representacion, las señoras Lamadrid é Hijosa, y los señores don Florencio Romea, Tamayo, Fernandez y el beneficiado.

¿Por qué se ha represntado tan escaso número de veces, El Rey del Mundo?

Vayan saliendo de ese *cúmulo ó inmensidad de obras*, lo bueno que poseen, y entonces le consagraré algunas líneas mas á este teatro.

Creo por ahora inútil gastar la pólvora en salvas y les digo que lo entienden, ya que no pueden otra cosa, ejecutando, como lo han hecho desde mi última revista, Los dos Artistas, Adriana y el Ramo de Oliva.

—¡Don Tomás! produccion debida á la pluma del señor Serra, haré su análisis... cuando la vea.

«Jovellanos.»

Amar sin conocerse, zarzuela nueva, música de los señores Gaztambide y Barbieri, y letra del señor Olona.

Basta solo nombrar al señor Olona, para saber que su produccion está plagada de chistes estravagantes, situaciones violentas, escenas inverosímiles, y argumento, Dios lo dé.

Por lo que hace á la parte musical, de bastante mérito, diré que su primer acto supera en mucho á los otros dos.

El Planeta Venus, tambien ha hecho sus entradas y salidas en estos últimos dias.

«Novedades.»

Baltasar.

Quisiera ser el autor de dicha obra.

¿No sabeis porqué?

Solo por el producto metálico que ha recibido por sus representaciones la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Como no es para mí, y ya he hablado de esta *tragedia*, basta de *novedades*, y paseinos al teatro...

«Francés.»

La Partie de Piquet, Un Mari Brulé, Un Petit Boucle d'oreille, Romances et Chansonettes, L'enseignement mutuel, Mme. Roger-Bontemps, Quatorze de Dame, Le Lion et le Rat, La Fille de Dominique, Les Princesses de la Rampe, Indiana et Charlemagne, hé aquí enumeradas, las producciones que han puesto en escena los actores que se hallan en este coliseo, cooperando al gran éxito de todas ellas y atrayendo á un público numeroso y escojido, Mlle. Scriwaneck, á quien le consagro estas mal trazadas líneas, tributo que rindo á su talento.

Mlle. Scriwaneck, posee en alto grado, las inmensas cualidades que se requieren para ser una buena actriz.

A imitacion de la célebre Dejazet, sigue su escuela, y es sin disputa alguna, la primera actriz que puede presentar el teatro francés, en el dia, como perfeccion en el género cómico, sin que por esto me olvide de Mlles, Cico y Luther.

Siguiendo, como he dicho, la misma escuela de Mme. Dejazet, ejecuta las piezas representadas y creadas por esta con tal perfeccion y verdad, que á veces se olvidan los gratos recuerdos que dejó en ellas, la que en breve abandonará el teatro, despues de haber alcanzado una gran reputacion é inmensos lauros y ovaciones.

Mlle. Scriwaneck, en escena, es la verdad; no hay afectacion; dice muy bien; pisa mejor; con desenvoltura sin igual, crea los caractéres cual los concibió la mente del poeta; se ve en ella el estudio grande y profundo que ha hecho del corazon humano, y nos demuestra en fin, á lo que puede llegar la que como ella, estudia con asiduidad, colocándose á una gran altura en el terreno artístico, y adquiriendo un nombre en nuestro vecino imperio.

La verdad de lo dicho, se vé clara y patentemente, en todas las piezas que ha ejecutado en el teatro francés de nuestra córte.

Concluiré estas cortas líneas, suplicando á Mlle. Scriwaneck, se sirva poner en escena la pieza en un acto titulada, «Madame Bijoux», original de mis buenos amigos Louis Lurine y Raimond Deslandes, que asistiendo á su estreno, la ejecutó, hace tres años, en el teatro de Varietés, en París.

«Príncipe.»

Volvió á abrírse este teatro por segunda vez en esta temporada, como saben ya nuestros lectores, con el Lago de las Hadas, y ha vuelto á cerrarse con el mismo baile, uno y único que han puesto en escena, en tanto ha estado bajo la direccion del Sr. Guy.

Se me figura que el sol de Mediodia no calienta hácia la calle del Príncipe; lo siento por los actores que ajustó su director, á quienes ha hecho perder sus contratas en otra parte, dejándolos á la Luna de Valencia.

¡Señor Guy, mas proteccion hácia los españoles, que bastante le prestamos en el nuestro al estranjero!

No he dicho todo lo que debía, pues se ha procedido con las señoras Palma y Bagá y los señores Córtes y Aguirre principalmente, de una manera injusta y poco digna; pero como por hablar mucho, nada conseguiré, me callo y tenga otra vez mas cuidado en lo que hace la señora Empresa y donde se meten los pacientes actores.

«Cruz.»

Sigue caminando
Con su cruz acuestas;
Mas nunca ó muy tarde,
Se abrirán sus puertas.

«Lope de Vega.»

Se abrió el dos de Mayo; puso en escena lo acaecido en 1808, y volvió á cerrarse á causa del *gastro-dineritis* de botiquin.

SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

Madrid 5 de mayo de 1858.

© Biblioteca Nacional de España

LA JOYA MILAGROSA.

—

Hay, segun los navegantes,
Allá lejos un pais,
Cuyos pobres habitantes
Andan á todos instantes
Con sus bienes en un tris.

—

Ya un espantoso huracán
Hace en la cosecha riza,
Ya sepultura le dan
Las piedras, lava y ceniza
De un repentino volcán.

—

Los de ilustre gerarquía
Y los míseros gañanes,
Todos viven entre afanes,
Recelando cada dia
Terremotos y huracanes.

—

Para auxilio en tales daños
Entrega el comun Señor
Allí á cada morador,
Ya desde sus tiernos años,
Una joya de valor.

—

Y tales prodigios obra
La joya á los niños dada,
Que con ella todo sobra
Y sin ella no se cobra,
De lo que se pierde, nada.

—

Sin embargo, aquella gente
Se echa tanto el alma atrás,
Que es la cosa mas frecuente
Perder la joya excelente,
Y no recobrarla mas.

—

Causará sin duda espanto
Su locura; pero ¡qué!
¿Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
Con la joya de la fé?

—

Y sus luces, en verdad,
Son las que nos guian solas
A puerto de claridad
En la noche y en las olas
De la ruda adversidad.

J. E. Hartzembusch.

TOROS.

—

QUINTA MEDIA CORRIDA

DE LA PRIMERA TEMPORADA.

Madrid 3 de mayo de 1858.

——

INTRODUCCION.

Espero no me llameis
Por lo que digo, lunático,
Si decis epigramático,
Acaso lo acertareis.

(S. I. de P.)

LETRILLAS.

—

PRIMERA.

¿Por qué no rebaja el tope,
En pró de la humanidad?

Si pruebas dá, cada dia,
De justo, caro don Justo,
¿Por qué consiente que injusto
Le apelliden á porfia?
Si su mayor alegría
Se cifra en ganar dinero,
Y en protejer al torero,
Responda con brevedad:
¿Por qué no rebaja el tope,
En pró de la humanidad?

SEGUNDA.

¿Por qué pagando el dinero,
Malos toros he de ver?

Si gana usted cuanto quiere,
Mucha fama y mas doblones,
¿Por qué me suelta mamones
Y á los toros los prefiere?
Si mi revista le hiere,
Segun varios me han contado,
Y calentura le ha dado,
Sepa al punto responder:
¿Por qué pagando el dinero
Malos toros he de ver?

TERCERA.

¿Porqué siendo millonario,
Los precios ha de subir?

Si se llama usted, don Justo,
Nombre que al nacer le dieron
¿Por qué despues le pusieron,
Injustamente el de injusto?
Si se encuentra tan robusto
Su recóndito bolsillo,
De los taurinos cepillo,
Me puede el justo decir:
¿Por qué siendo millonario,
Los precios ha de subir?

CUARTA.

¿Por qué al verse sin toreros,
A Cayetano ajustó?

Si trata de retirarse
De empresario del toreo,
¿Por qué sin cesar le veo
De coletas rodearse?
¿Si pobre quiere quedarse,
Y que le llamen, don Justo,
Aunque siempre será injusto,
Con calma le inquiero yo:
¿Por qué al verse sin toreros,
A Cayetano ajustó?

QUINTA.

¿Por qué consiente que el Tato,
Lidie en el suelo andaluz?

Si separado ha vivido
De la algazara y bullicio,
¿Porqué fundar un hospicio,
Señor don Justo, ha querido?
Si lo dá desprendido,
De recto y de justiciero,
Y sin apego al dinero,
Diga poniéndose en cruz:
¿Por qué consiente que el Tato,
Lidie en el suelo andaluz?

——

Cese la broma,
Lean el estado,
Que disgustado
Nadie saldrá;
En todo el año,
Otra corrida
Mas divertida,
No se verá.

——

De buena estampa y muy bravo,
Fué el primero que salió;
Y aunque toro de don Justo,
Era negro, bravucon,
Bien puesto, de muchos pies,
Y de sus seis en la flor.
Además de lo que he dicho,
En el circo se ostentó
Muy duro, de buen trapío,
Pegajoso y jugueton,
Pues sin decir, «con permiso»,
A la barrera saltó.
Siete puyas, con acierto,
Con suma gracia y primor,
Le endosa, como ninguno,
El valiente Calderon;
Y Lerma, por el contrario,
Tan solo le puso dos,
Mas el vicho, con desprecio,
Un caballo le mató.
Se me olvidaba deciros,
Con la tal numeracion,
Que de Sevilla, seis varas
El de don Justo sufrió.
Lillo le puso dos pares,
Que no se ponen mejor,
De rehiletes en el morro,
Y el público le aplaudió.
El Belo—no de enlutada—
«Que pudiera ser peor»,
Otros dos pares le planta,
Al descuido y á traicion.
El clarin suena ligero,
Y Cúchares lo mató
Despues de un pase de pecho,
Que no hay quien los dé mejor,
Sin contar los naturales,
Os lo diré en conclusion:
De un tremendo volapié
Que cadáver lo dejó.

——

De buena estampa el segundo,
De Cabrera, huido, blando,
Bien puesto, de mal trapío,
De color negro bragado.
Entre Lerma y Calderon,
Cinco varas le endosaron,
Y el primero dió en el suelo,
Un soberbio batacazo.
Domingo y el Regatero
Diez banderillas plantaron,
Mas advierto que Domingo,
De las diez, le puso cuatro.
Suena el clarin y timbales
Y lo mató Cayetano,
De una baja, dos en hueso,
Otra corta, y por si acaso,
Al vicho me lo atraviesa
Como si fuera un marrano.

——

El tercero de Cabrera,
Chorreado, corni-corto,
Arrancando desde lejos,
Y desarmando á los mozos,
Presentó su buen trapío,
En la arena del contorno.
Calderon, con su costumbre
De hacer siempre frente al toro.
Le puso una pica y luego
Cinco mas, con mucho arrojo,
Costándole un batacazo
De los que bajean los lomos.
Lerma tambien cinco puyas
Y un buen salto desde el potro
Al suelo dió, que los aires
Se oscurecieron de polvo.
Dos pares de banderillas
Puso Baro, con aplomo,
E igual número la Puiga,
Que es caso raro y famoso.
El vicho fué de sentido
Para la muerte y tan solo
Matarle pudiera Cúchares,
Que salió con alborozo,
Y dándole cuatro pases
Al natural, que son ocho,
Con otros cuatro de pecho
Lucidos y valerosos,
Muerte le dió de una á un tiempo
Y mas tarde descordólo.

——

De don Justo el cuarto fué,
De fuerzas y recargando,
Corni-abierto, de trapío,
Y careto chorreado.
Calderon, Lerma y Pepillo,
Veinte varas le plantaron;
Tambien Sevilla picóle
Y todos tierra besaron,
Con peligro algunas veces
Del pellejo siempre caro;
Perdiéndose en la pelea
Tres rocinantes muy flacos.
¿Y quién de los picadores
Merece mi pobre aplauso.
¡Calderon! el que valiente,
Hoy en España ha logrado
Ser el rey de los toreros...
Entiéndase, de á caballo.
Prosigo mi cuento y digo
Que al trascuerno fue saltado
Por Regatero, que siempre
Luce mucho este muchacho,
El cual puso los rehiletes
Con el distinguido Pablo,
Y los últimos mordió
El Angel Lopez, rabiando,
Porque tocaran á muerte,
Y quedaron en sus manos.
A Sanz le tocó matarle,
Y despues de pases varios
Al natural y de pecho,
Le concluyó Cayetano
De una en hueso y otra corta
A la cual volapié llamo.

——

El quinto salió á la arena,
Toro que debo encomiar,
Pues en esta temporada
Mas valiente no saldrá.
De muchos piés, de cabeza,
Y era el vicho sin igual
Bravo, duro, pegajoso,
Y de mucha voluntad;
Arrancaba desde lejos,
Y si llego á mencionar
Las prendas que poseía,
Apolo despuntará.
Corni-bajo, receloso,
Recargando el animal,
Como jóven de estos tiempos
Cuando se quiere casar.
Voluntario, de trapío,
Retinto-claro además,
Haciéndose de sentido,
Pues se llegó á incomodar.
Solo tres varas le planta
Calderon, sin mas ni mas,
Y perdiendo un par de potros
Tres veces le hizo rodar.
Lerma le endosa una puya,
Dió un batacazo infernal,
Y lo libró de la muerte,
Angel Lopez el audaz.
Sevilla puso otra vara,
El suelo logró besar,
Y entre los tres, cuatro jacos
Me mandó á la eternidad.
Cuatro palos puso el Lillo,
Belo le quiso imitar
Y Cúchares lo concluye,
Con pases al natural,
De una estocada á traicion
Y un volapié regular,
Pues tomó tablas el vicho,
Y fué, de estudio, animal.

——

El sesto fué de Cabrera,
De buena estampa, retinto,
De cabeza y arrancaba
De lejos el pobrecito;
Corni-alto, receloso,
Desarmando y de trapío.
Calderon, ocho puyazos
Le encajó, Sevilla cinco;
Cayó el primero, el segundo
Tambien á tierra se vino.
Pepe le arrima una vara,
Y el dichoso animalito,
Dejó difuntos tres jacos
Que al salir estaban vivos.
Pablo le plantó dos pares
De rehiletes, y los mismos
Clavó en los morros bien puestos
Su camarada Domingo.
A Sanz tocaba matarle,
Y por cierto bien lo hizo,
Justo aplauso recibiendo
De todo aquel que lo vido;
Pasó al toro por tres veces
Y dos volapiés magníficos
Dirigióle ya sin luz,
Mas no logró concluirlo,
Y entonces descabellándolo
Cayó el toro, sin arbitrio,
Para cenar con Pluton
Por los siglos de los siglos;
O que lo cenen á él,
Que será mucho mas fijo.

—

RESUMEN.

Es justo, señor don Justo,
Que le dé la enhorabuena,
Pues la entrada fué muy buena,
Y la corrida agradó:
Morado y plata vestía
El *insigne* Cayetano,
Y en la *lidia* el otro hermano,
Tambien de plata y punzó.

——

Setenta puyas tomaron
Los de Hernandez y Cabrera,
Y aunque omitirlo quisiera,
Caballos, murieron diez:
Cuarenta y ocho rehiletes,
A los vichos le pusieron,
Y quince estocadas dieron
Los espadas, esta vez.

——

Alabo en esta corrida,
Al valiente Regatero,
Y al Lillo, banderillero
De talento y corazon:
Mil guirnaldas y mil flores
Y corona reluciente,
Al punto ciña en su frente
Cúchares y Calderon.

——

Tengan paciencia Sevilla,
Cayetano, Pulga y Belo
Que no ganarán el cielo
Como no lidien mejor:
Salve, que en otra revista
Hablará con mas despacio,
Santiago Infante y Palacio
Secretario y redactor.

© Biblioteca Nacional de España

VARIEDADES.

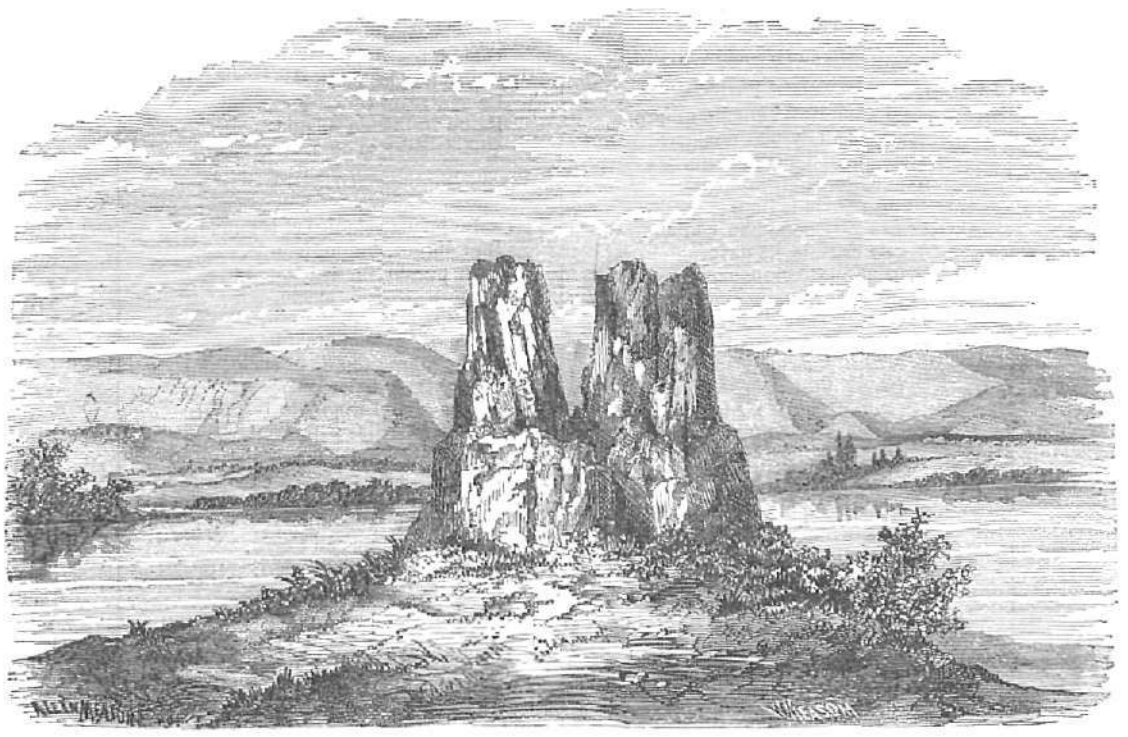
CURIOSIDADES NATURALES DE LA CALIFORNIA.

Por donde quiera que se viaja en la América del Norte, se tropieza con lo desconocido.

Este pais inesplorado, sobre todo en la parte que linda con las montañas pedregosas de la Sierra-Nevada, y de los montes Vasaitchs, encierra curiosidades naturales destinadas, un dia ú otro, á aumentar el número muy limitado de las maravillas del mundo.

Poco á poco los viageros de la raza blanca, adelantan en las tierras, y sus recuerdos y sus relaciones, llegan de eco en eco hasta nosotros.

Uno de estos, M. Bird, hace una descripcion tan pintoresca de tres sitios nuevamente descubiertos en la California, el Utah y el Oregon, que merece un lugar especial en nuestro periódico.



El Lago de la Pirámide.

El primero representa un lago, en medio del cual se eleva una pirámide cuadrangular, á 4,890 pies ingleses del nivel del mar, sobre las vertientes de Sierra-Nevada, como á unos 40 grados de latitud, y entre el 121 de longitud.

Este lago, de una forma ovalada, de unas 35 millas de largo y de unas 4 de ancho: tiene mas de 700 pies de elevacion sobre el nivel del mar, que el lago salado de los mormones.

Lo que hace mas pintoresco este sitio, es no solo el paisaje romántico que le rodea, sino la piedra calcárea que se eleva casi en el centro de este lago, y cuyo aspecto y forma, recuerdan las pirámides de Cheops del alto Egipto.

Esta masa granítica, de un aspecto estraño, alta como de unos 600 pies, presenta á la vista unas espinas semejantes á las que los hebreos construian en sus obras gigantes, bajo la dominacion de los reyes egipcios.

Desde la cuna de este monumento de la naturaleza, se abraza una estension sin límites, justa recompensa del audaz viagero que se ha aventurado á llegar hasta allí, sin reflexionar en el peligro de la bajada.

A la derecha hácia el Oeste, se encuentran los picos de Sierra-Nevada, salvages é inaccesibles cubiertos de eterna nieve.

Al Este se estiende, tan lejos cuanto puede alcanzar la vista, el Sahará de verdes yerbas, llamado el Gran-Recipiente, sembrado de flores de todas clases, y habitado por innumerables rebaños de bisontes.

A este sitio acuden las Pieles-Rojas de la tribu de Utahs y Navajoes para sus escursiones de caza, las que con mucha frecuencia concluyen en combates sangrientos, causados por los celos de las tribus.

Al Sur se descubre el gran desierto de arenas abrasadoras, parecido al de Africa, en el que los mismos indios, estos intrépidos hijos de la naturaleza, apenas se atreven á traspasar.

Y por último, al Norte, el horizonte está limitado por las montañas Azules, que encierran, segun se dice, inagotables salinas.

Las aguas del lago de la Pirámide, verdes como la esmeralda, son muy abundantes en pescados y se pescan truchas de 2, 3 y 4 pies de longitud.

El viagero de quien tomamos estos detalles nos hace una descripcion del lago de la Pirámide en invierno y en verano.

Esta superficie de agua, está cubierta de pájaros de todas clases, como patos, gansos salvages, ibis, pollas de agua, gallinetas, garzas reales, tordos, cercetas, etc., que poco atormentada por los habitantes del pais, no esperimentan la menor sorpresa á el aspecto de los plantadores americanos que pisan por vez primera la yerba de sus riberas.

Al primer tiro disparado por uno de ellos sobre un pato, y repercutido por todos los ecos del lago, se ofreció un magnífico espectáculo por esta nube de pájaros acuáticos pasando entre el sol y la tierra, y arrojando gritos entrecortados, para volver en seguida á posarse sobre las aguas.

Los indios que habitan en las orillas del lago de la Pirámide son de una naturaleza raquítica, y en lugar de construirse cabañas ó de vivir bajo de tiendas, se meten en los agujeros de las rocas, que á la vez les sirven de retiro y de asilos.

M. Bird y sus compañeros de viage encontraron una media docena de estos desgraciados, hambrientos, casi desnudos, pues por todo vestido llevaban una túnica de pieles de liebre.

Un temblor convulsivo, *suficiente para inocular el frio* en el plantador mas robusto, agitaba sus miembros, ¿Era este causado por el miedo, el hambre ó la sed? Nadie pudo adivinarlo.

Por la primavera, los bordes del lago y todos los alrededores se encontraban tapizados de una magnífica planta perteneciente á la familia de los altramuces, cuyos tallos crecen hasta 10 ó 12 pies de altura: el aire estaba impregnado de olores balsámicos debidas á los racimos azules de la flor *de este arbusto.—C.*

Habiéndosele pedido prestada, al insigne Victor Hugo, la suma de 6000 francos por un amigo suyo, contestó de la manera que sigue:

«Señor Britard.

»Tengo á la vista vuestra amable carta, que acabo de recibir, pidiéndome en ella, prestada, la suma de 6000 francos: le incluyo en esta, dicha suma, que he podido reunir no sin dificultad; porque soy bastante torpe para resolver *problemas aritméticos*. El *modo* que mas fácil he hallado para practicar la operacion, es el siguiente:»

Francos	1000
—	2000
—	3000
Total....	6000

«P. D. Si gustais, podeis escusaros la molestia de devolverme la referida suma, puesto que yo conservo el *original* en mi gaveta.»

Es vuestro afectísimo
VICTOR HUGO.

Un literato español de nuestros dias, cuyo nombre callaremos, estaba embebido en sus trabajos de bufete, cuando le interrumpió con su visita cierto editor de novelas á quien ya conocia el literato muy á fondo, desde el dia en que por desgracia suya, tuvo que implorar su auxilio por la publicacion de sus obras.

—¿En qué puedo seros útil? preguntó con aparente sencillez al recien llegado despues de los cumplidos de ordenanza.

—Os lo diré, contestó el editor; escuchadme. Tengo una publicacion pendiente por falta de original desde la muerte de su malogrado autor. Se titula la obra: *Un Judas mas en el mundo*, y traigo aquí estas dos entregas, añadió mostrándolas, para que podais haceros cargo de su asunto: leed.

—¿Y bien? dijo el escritor.

—«Esperad, no he concluido. En virtud de su lectura facilmente podreis inferir, sobre poco mas ó menos, qué fines fueron los que se propuso el autor al describir un tipo tan repugnante como el de ese personaje que figura en la novela. Mi deseo es que continueis la obra, creando nuevos incidentes para concluirla, y luego pasaremos á estipular vuestro trabajo.»

—Imposible...

—Cómo.

—«Porque fuera publicar el vuestro, bosquejando el retrato de este Judas...»

FRANCISCO LOZANO Y FRAU.

UNA PRUEBA DE CIVILIZACION.

Un viajero inglés apuntaba hace algunos años en su libro de memorias, esta agradable observacion.

«Despues de haber caminado durante once horas consecutivas sin distinguir á mi alrededor vestigio humano, de repente ví un hombre colgado de una horca, y no puedo espresar la deliciosa emocion que esperimenté á su vista:

»Comprendí que estaba en un pais civilizado.»

Miguel Angel á pesar de que estaba rico, dormia con frecuencia completamente vestido; no se alimentaba sino de pan y gua, y pasaba las noches trabajando ó en paseos solitarios. Aquel carácter estóico, aquella austeridad inflexible de costumbres, le conservaron para su vejez, una fuerza y un vigor estraordinarios como lo prueba el pasage siguiente de un contemporáneo del gran artista romano, Blas Vigenere:

«Puedo decir que he visto á Miguel Angel de edad de mas de sesenta años y con un cuerpo que estaba muy lejos de anunciar la fuerza, hacer volar *en un cuarto de hora mas* pedazos de un mármol muy duro, que hubieran podido hacerlo en una hora tres jóvenes escultores de los mas fuertes; cosa casi increible para quien no lo ha visto. Trabajaba con tanta impetuosidad que á cada momento temia ver el pedrusco entero caer hecho pedazos: cada golpe lanzaba al suelo pedazos de tres ó cuatro dedos de espesor y aplicaba su cincel tan cerca del estremo, que si el pedazo hubiera avanzado una línea, todo estaba perdido. Abrasado por la imágen de lo bello, que se le aparecia y que temia perder, aquel gran hombre *tenia una especie de furor contra el mármol que le ocultaba su estátua.*»

La historia menciona muchos rasgos de generosidad del rey de Aragon, Alfonso el Magnánimo, muerto en Nápoles en 1458.

Sitiando á Gaeta, ciudad del reino de Nápoles, recibió en su campo á las mugeres, niños y ancianos que la plaza sitiada acababa de espulsar falta de víveres. Como sus oficiales tratasen de inspirarle sentimientos menos generosos:

—«¿Pensais, les dijo con viveza, que hé venido aquí para hacer la guerra á las mugeres y á los niños?...»

Por todo lo no firmado: el secretario de la redaccion,
SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

SOLUCION AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Entre los blancos, cruz es ser negro;
Y entre los negros, cruz es ser blanco.

CHARADA.

Es mi primera muy grande
y de todos conocida;
en ella nos prueba Dios
su omnipotencia infinita.
A muchos causó la muerte
y otros hallaron la vida;
tesoros guarda su centro
de belleza peregrina.
La segunda con mi cuarta
es hembra, y aunque es esquiva,
en las casas, comunmente,
muy fácil se doméstica.
La tercera con la última
que ya te la tengo dicha,
forman un nombre bonito
lo mismo que cuarta y prima,
si al revés me las conciertas
uniéndome las dos sílabas.
Estos dos *nombres, con otro*
que es el todo, te atestiguan
que hay trinidad en los nombres,
como hay trinidad divina;
siendo uno solo los tres,
con tres personas distintas.

LA SOLUCION, EN EL PRÓXIMO NÚMERO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1858.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martinez,
calle del Desengaño, núm. 10.

© Biblioteca Nacional de España